

HOMO 4: RELACIONES DE CLASE ENTRE HOMOSEXUALES (VICTORIANOS)

Gilles Dauvé / 2016

Cuarto episodio de la serie *Homo* fue publicado en el blog DDT21 ddt21.noblogs.org

Traducción: Antiforma

Biblioteca de Cuadernos de Negación bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com

Los dominadores siempre han explotado sexualmente a los hombres y mujeres a quienes dominan, sobre todo cuando éstos eran esclavos y sirvientes sobre quienes los señores podían ejercer un poder ilimitado.

Sin embargo, la erotización de la masculinidad del trabajador no fue posible sino en el momento en que las clases se agenciaron tal como lo hacen bajo el capitalismo. La relación entre el burgués y el proletario no es la misma que la que hay entre el amo y su esclavo, o entre el señor y el siervo. En teoría, el proletario es libre, a pesar de que en la práctica está obligado a vender su fuerza de trabajo para subsistir. El proletario recibe una paga de parte del burgués a cambio del tiempo en que le arrienda su cuerpo y su energía. La generalización del intercambio mercantil ha llevado al capitalismo a gestionar de manera novedosa la prostitución, afectando considerablemente a su modo de tratar la homosexualidad.

Chicos de alquiler

En el paisaje de la sexualidad victoriana, la personalidad de Oscar Wilde y su imagen de mártir ocultan una realidad en la que él sólo se destaca como una llamativa excepción. Aunque en el juicio que se efectuó en su contra en 1895 se le acusó inicialmente por su homosexualidad, el delito por el que finalmente se le condenó fue el de prostitución.

Municipalizada, legalizada, prohibida, reprimida, encerrada... la prostitución ha sido objeto de diversos regímenes. Lo que en el siglo XIX resultaba novedoso era que ésta fuese sometida a un tratamiento integral desde el punto de vista del orden público y la higiene, lo cual implicó a policías, médicos, demógrafos y sociólogos. La prostitución en la que ocasionalmente incurren las obreras ("el quinto cuarto de jornada") se vuelve más difícil en la segunda mitad del siglo, debido a las regulaciones que, dentro de la propia clase obrera, estigmatizan a las mujeres que se prostituyen incluso de forma ocasional. Cualquiera que realice esta actividad -aunque sea de forma intermitente- se convierte en "prostituta", quedando incluida en una categoría a la que se asigna (por poco tiempo en Inglaterra, de forma duradera en Francia) un estatus vinculante, sujeta a registros administrativos y controles sanitarios obligatorios. El rent boy (literalmente chico de alquiler) aparece en este período.

La nueva legislación inglesa sobre inmoralidad pública es parte de esta evolución. Cuando en 1885 al diputado Labouchere se le ocurre criminalizar el sexo entre hombres, propone hacerlo modificando una ley previa que penaliza la prostitución. El cambio legal contempla aumentar la edad de consentimiento de las niñas de los 13 a los 16 años, e incrementar las facultades de la

policía. En nombre de la protección de la mujer, se protege también el matrimonio y la monogamia. Ese mismo año, 250 mil personas se manifiestan en Hyde Park contra el mercado de esclavos, que perpetúa la prostitución.

La última ejecución por sodomía se había llevado a cabo en 1836. En 1861 ese castigo fue reemplazado por la condena de prisión perpetua, la cual, no obstante, nunca llegó a ser aplicada. En este sentido, la sección 11 de la Ley de 1885 castiga con dos años de prisión (pena aplicada a Wilde) la "indecencia" entre hombres, delito menos grave que la sodomía. Para castigar esta última, la fiscalía debe probar que hubo penetración con "emisión de semillas". Técnicamente, la dilatación del ano no se considera una prueba suficiente, mientras que ni la masturbación mutua ni el sexo oral están prohibidos explícitamente.

Se podría pensar que tales criterios limitaron la represión policial, pero no fue así, porque lo que la justicia victoriana buscaba era hacer ver el sexo como un peligro: la sexualidad, portadora de una carga social subversiva, debía ser enmarcada y reprimida. La legislación vuelve a endurecerse en 1897 y en 1912.

De ahí se deriva que cuando resulta imposible procesar a un sospechoso por indecencia, se le procesa por prostitución. Especialmente porque la ley castiga a cualquiera que tome parte en el acto.

No obstante lo anterior, a las clases altas esto casi ni les afecta. En 1871, Boulton y Park, miembros de la alta sociedad detenidos por vestirse con ropas de mujer, fueron absueltos, pues no encajaban en la imagen socialmente aceptada de la homosexualidad y la prostitución. Puesto que para prostituirse hay que ser pobre y ellos al ser burgueses no necesitaban incurrir en dicha práctica, no podían haberse prostituido, y siguiendo esta lógica no podían ser considerados como sodomitas.

La represión se justifica presentando una víctima, una degradación: la prostituta es una obrera caída en desgracia, el chico de alquiler un proletario descarriado. La clase dominante ve a las masas trabajadoras como débiles y necesitadas de que se las proteja de sí mismas.

De hecho, los jóvenes a quienes se paga como chicos de alquiler practican también entre ellos la homosexualidad, hecho que la prensa y la justicia prefieren silenciar, presentando dicha relación como puramente comercial. Hablar de inocencia (burlada) es una forma de rechazar la sexualidad, en este caso la que tiene lugar entre hombres: se quiere ver allí únicamente una relación entre depredador y víctima.

A diferencia de Boulton y Park, el autor de *El retrato de Dorian Gray* fue condenado porque no entraba en el marco de referencia de lo aceptable. Reconocido provocador, terminó provocando su propia caída al presentar una demanda por difamación en contra del marqués que lo había acusado de practicar la sodomía. La parte contraria procedió entonces a acumular una cantidad abrumadora de testimonios de chicos de alquiler en contra de Wilde, a quienes el tribunal utilizó al mismo tiempo que los incriminaba como prostitutas y proxenetas. De esta manera, con el pretexto de un juicio por prostitución, lo que fue puesto en el banquillo de los acusados fue la homosexualidad.

Apropiación del cuerpo proletario

En el caso particular del intercambio económico-sexual entre un chico de alquiler y quien paga por sus servicios, la clase obrera representa el elemento masculino, mientras que el cliente burgués representa el elemento femenino.

Desde el punto de vista del proletario, el hombre de clase obrera puede dedicarse a la prostitución siempre y cuando desempeñe el papel de varón dominante (activo y penetrante, tal es habitualmente la expectativa de los clientes). En todo caso, debe cumplir con esta condición si no quiere ser rechazado por su propio entorno: mientras el cliente sea visto como la parte femenina, el acto entre

dos hombres no transgrede el código sexuado, excepto que en este caso el rol femenino impuesto recae en un hombre. Persiste la normalidad. "No soy una mujer", puede afirmar el chico del alquiler.

El cliente por su parte lo que busca es un hombre, un compañero que sea distinto de él, que no se comporte como se supone se comporta un homosexual, y lo encuentra en una clase que no es la suya. El amante de origen popular debe responder al estereotipo del "duro", sexualmente dominante, que ejerce atracción por su naturaleza primitiva, casi no domesticada por una civilización afeminada. Un hombre "en bruto" cuya compañía no está exenta de peligro, lo cual le permite al distinguido caballero decirse a sí mismo: "No soy una mujer".

Antes de 1914, el compañero favorito del homosexual de clase alta inglés es el proletario urbano. Y es en sus empresas donde la burguesía ejerce su dominio sobre el cuerpo del obrero. Mientras Wilde compra la masculinidad de los chicos de alquiler, la burguesía compra la fuerza de trabajo del obrero. El chico de alquiler aporta al homosexual adinerado aquello de lo que éste carece: fuerza, capacidad para entrar en contacto activamente con la materia. En la fábrica el obrero trae su fuerza física para ofrecérsela al patrón; algo parecido a lo que ocurre en el comercio sexual.

Montague Glover (1898-1983) puso de moda las fotografías de hombres vestidos con indumentarias que encarnan el cliché del soldado, el marinero o el boxeador. Sus imágenes visibilizan aquello que hace a la clase trabajadora apta para trabajar y descansar: la clase dominante tiene el poder de hacer coincidir al dominado con la imagen que se hace de él. La faena organizada por el contratista en la fábrica se combina así con una representación en la que se paga al trabajador para que represente su rol. Tanto en una situación como en la otra, el obrero es fetichizado y reificado. Glover vivió cincuenta años con un cockney (*) al que hacía pasar por su sirviente.

Los homosexuales de la alta sociedad no eran marxistas, su definición de "clase trabajadora" era demasiado fluida para eso. El novelista E. M. Forster (1879-1970) mantuvo una larga relación con un policía de Londres llamado Bob, así como con su esposa y su hijo, a quienes tomó bajo su protección. A diferencia de un amante anterior, cierto taxista que no se mostró lo suficientemente disponible para los caprichos de Forster, Bob cumplía a cabalidad con los deseos del escritor, que ahora sí podía ejercer control sobre el cuerpo y la vida de su amante.

La relación desigual, ocupa la mente de Forster: "las clases inferiores ignoran la pasión amorosa", escribe en su diario. Un personaje en su novela Maurice dice de los trabajadores: "Ellos no sienten como nosotros, no sufren como nosotros lo haríamos en su lugar".

J. R. Ackerley (1896-1967), uno de los pocos escritores abiertamente homosexuales, evita a los afeminados de su propio entorno, prefiriendo a los hombres varoniles, en particular a los soldados, "jóvenes normales de clase obrera, entrenados para obedecer".

Forster, Glover y muchos otros niegan la humanidad de las clases inferiores al mismo tiempo que niegan lo que ellos, homosexuales de alcurnia, tienen en común con sus amantes proletarios. En cambio, prefieren creer que la única motivación de los chicos de alquiler es la ganancia en dinero. A eso se refieren algunos escritores del siglo XIX cuando describen a las prostitutas como seres desprovistos, por naturaleza o por su profesión, de verdaderos sentimientos.

¡Homosexuales de todas las clases, uníos!

Frente a este desprecio clasista, aparece una actitud diferente: el ideal de una unión entre las clases. Wilde dijo: "El amor es la única realidad democrática", y Walt Whitman (1819-1892) celebró "la asociación fraterna creada por el amor masculino entre compañeros", vista como el tránsito hacia una comunidad humana.

Sin embargo, Whitman no era más que un poeta. Edward Carpenter (1844-1929) en cambio se declaraba socialista. No pagaba por hacer el amor ni para frecuentar la alta sociedad. De familia

acomodada, después de estudiar en Cambridge se retiró al campo para cultivar verduras y confeccionar sandalias. Admitió públicamente ser homosexual en la segunda mitad de su vida, la que compartió desde 1898 con un joven obrero, George Merrill (1891-1927). Ambos vivieron juntos por cuarenta años. Ni paria ni provocador, Carpenter atendía sin complicaciones a los lugareños. Su octogésimo cumpleaños le valió recibir muchos regalos, incluido uno de la Confederación de Sindicatos. A su muerte en 1929, el Primer Ministro y el Ministro del Interior manifestaron su estima por él.

Entre 1893-94 Carpenter publica varios folletos en defensa del amor entre hombres y su correspondencia con algunos de sus amantes. Estos materiales encuentran lectores entre los obreros. Carpenter integra la cuestión homosexual en todas las causas por las que milita: el libre pensamiento, el sindicalismo, la crítica de las cárceles, del colonialismo y de la ciencia, su apoyo a la jornada de 8 horas que liberaría las energías positivas de los trabajadores... Sus conferencias congregan hasta a un millar de oyentes. Tomando prestado de Morgan (*The Archaic Society*, 1877) y de Engels, Carpenter diagnostica la fuente del mal en la propiedad privada y en el intercambio mercantil. Si la sociedad sufre es por haber dado la espalda a la naturaleza: el comunismo restaurará ese vínculo mediante un retorno a la simplicidad, a la comunidad y (como pregonaba William Morris) a la industria artesanal. Carpenter defiende un ideal de trabajo manual, una vida cooperativa, simple, más bien rural, que abra camino a las relaciones "auténticas".

Carpenter imagina una posible superación del antagonismo de clase mediante el sentimiento amoroso entre los hombres. La homosexualidad "elevaría" a la clase trabajadora por encima de sí misma.

Mientras teoriza un sexo intermedio, Carpenter retoma la dualidad tradicional masculino/femenino, sólo que a la inversa: es el hombre quien es suave y tímido, mientras que es la mujer la viva y activa. Para Carpenter tales rasgos, en sí mismos positivos, serían los signos precursores de una humanidad mejor.

Clases trabajadoras, clases virtuosas

Si las clases dominantes siempre han temido a los explotados, la revolución industrial vino a agravar el peligro al concentrar a los trabajadores en fábricas y ciudades enormes. Obsesión por la criminalidad, ansiedad por el hacinamiento de los obreros, preocupación por los buenos modales, miedo del barbarismo... las clases trabajadoras son consideradas como inevitablemente peligrosas. Desde los compiladores de estadísticas hasta los primeros detectives, la burguesía del siglo XIX cuenta con expertos para forjar su propia visión de la violencia colectiva e individual, y especialmente de la violencia sexual. El criminólogo Lombroso asocia el deseo homosexual con el comportamiento antisocial, y se vuelve habitual describir al asesino de mujeres como alguien pobre, frustrado, psicótico... y desmasculinizado.

La ciudad en expansión crea una masa volátil cargada de amenazas, lo que hace que ésta sea vista como una "población enemiga". Sobre esta base es que la clase dominante se ve así obligada a plantear la cuestión de las clases, sobre todo cuando el auge del movimiento sindical y socialista parece hacer más profunda la brecha entre dos grupos con intereses irreconciliables.

Es a este conflicto que Carpenter (y otros que no detallaremos, radicales o paternalistas según el caso) propone un remedio: el sexo como solución a la cuestión social.

Edward Carpenter idealiza el contacto directo que los obreros tienen con la materia (y es por esto que aprecia más al albañil o al arador que al trabajador de fábrica). Según su punto de vista, en ellos el sexo y el amor son "innatos, naturales y espontáneos; libres de culpa y de cualquier noción de vicio y pecado". Al igual que Rousseau, Carpenter opone un pueblo sano a los ricos corruptos y pervertidos. En la clase trabajadora habría algo intrínsecamente radical y liberador, ya que mientras

ella trabaja los ociosos no hacen más que cultivar sus vicios: esta es la razón de que la clase obrera pudiese preservar costumbres saludables que la elite decadente ignora, en particular, la fraternidad masculina.

"El amor es un gran nivelador. Es probable que la verdadera democracia se base en un sentimiento que trasciende fácilmente las barreras de clase y de casta más sólidamente que cualquier otro fundamento. (...) Si uno busca la base de la verdadera democracia, puede que ésta descanse, más que en cualquier otra cosa, en un sentimiento capaz de trascender fácilmente las barreras de clase y de casta" (El sexo intermedio, 1908).

Apoyándose en ejemplos griegos y polinesios, Carpenter afirma que, contrariamente a la atracción heterosexual que aísla y divide, la homosexualidad es un factor de igualdad. Tal característica sería "la contribución positiva del "sexo intermedio" a la sociedad. Carpenter se une así a Whitman al considerar a "la camaradería amorosa" como fundamento del dinamismo democrático.

Moralización

El cliché sexista es evidente entre quienes buscan compañía masculina entre los marineros y soldados, especialmente entre los efectivos del regimiento de élite de la Guardia Nacional, emblema de la hiper-virilidad.

Aunque estos homosexuales, de naturaleza afeminada, huyen de la imagen de la mujer, también anidan un prejuicio de clase al rechazar, como hacía Carpenter, los amores arancelarios. Según él, una clase obrera sumida en la miseria material está condenada a tener relaciones emocionales degradadas. La homosexualidad "verdadera" y emancipadora sólo puede tener lugar en el seno del pueblo gracias a la presencia en sus filas de miembros de la clase media o alta. La clase trabajadora es saludable, pero requiere la intervención de individuos educados para que en el ambiente popular la atracción entre hombres desarrolle su potencial de reciprocidad y de amor.

Carpenter moraliza:

"No podemos insistir lo suficiente en la distinción entre quienes nacen amantes del mismo sexo, y aquellos otros con quienes los confundimos con demasiada frecuencia, esos que adoptan ciertas prácticas homosexuales por curiosidad puramente carnal, o empujados por la extravagancia de sus deseos" (El amor homogéneo y su lugar en una sociedad libre, 1894).

Por una parte, afirma que el homosexual debe ser fiel. Por otra, que el homosexual homogéneo, de nacimiento, por naturaleza (del mismo modo que por naturaleza se nace "hombre" o "mujer"), sería el único homosexual genuino. Carpenter pide que "antepongamos el amor al deseo" y que denunciemos a esa "minoría licenciosa" y "libertina" que degrada a los hombres.

Hogar

Para Carpenter y sus amigos, lo más importante no es la elección del objeto (la atracción de un hombre hacia otro hombre y no hacia una mujer), sino la estabilidad de la relación... igual que en el matrimonio.

El objetivo es ayudar al trabajador a formar un hogar, un home, que le permita alcanzar una situación estable y moralmente digna. Los homosexuales sirven así como vía de acceso al ideal de un mundo donde las mujeres tengan un papel más importante y donde, a cambio, los hombres demuestren mayor sensibilidad. El "sexo intermedio" tiene la misión histórica de contribuir a la renovación de la sociedad al juntar los dos elementos, el femenino y el masculino, en una síntesis que, sin embargo, no es afeminada: el hombre ideal es "un representante de la buena salud de su sexo, musculoso, con un cuerpo bien desarrollado". Físicamente masculino, no tiene de mujer más que su psicología, y sólo en la medida en que un rasgo característicamente femenino ha de resultar atractivo para otro hombre. Lo que se espera del homosexual es que posea "una fuerza masculina en

cuerpo y mente, unida al alma tierna y emotiva de la mujer". Para Carpenter, los chicos que prefieren los juegos y la compañía de las chicas no valen tanto como los auténticos homosexuales.

Contra la sociedad burguesa que los excluye, pero al igual que ella, los primeros defensores de la homosexualidad también apelan a la naturaleza, si bien modificando su definición habitual: su "sexo intermedio" deja intacta la binaridad de los otros dos agregando un compartimiento más. En lugar de alterar el patrón establecido, el tercer sexo supera la insuficiencia y la fortalece.

Problemas en la relación

El período de entreguerras exacerba la polarización de clases en Inglaterra: el auge del laborismo (hasta entonces con escasa representación parlamentaria), el primer gobierno laborista en 1924, los reiterados y amargos conflictos en las minas, la huelga general de 1926... propician una imagen del obrero como un ser brutal, poseído por un excesivo apetito sexual. El miedo a los afanes expropiadores y niveladores del socialismo se expresa incluso en el sexo: en consecuencia, la erotización del proletariado masculino llevada a cabo por la burguesía ya no resulta tan simple.

Después de 1945, la homosexualidad propiamente tal (menos perseguida que antes) se disocia de la prostitución masculina (ahora excluida del todo). En cuanto a la clase trabajadora, pasa de ser una amenaza social global a un problema manejable, particularmente a través de un mayor control policial de la delincuencia del proletariado juvenil.

Simultáneamente, la familia de tipo "burgués" y su moralidad se revelan cada vez menos indispensables para una sociedad capitalizada. La evolución de las costumbres conduce a una paulatina adaptación de la ley en lo tocante a cuestiones sexuales. Lo que prevalece es la distinción entre los homosexuales "verdaderos" y honestos, y aquellos que, equiparados a las prostitutas, hacen el amor en lugares públicos cuya definición es muy amplia (pues incluye, por ejemplo, las habitaciones de hotel). El resultado es que se estigmatiza a los homosexuales de sectores populares, cuya actividad transcurre en gran medida, forzosamente, en espacios públicos. Una relativa tolerancia de los encuentros amorosos entre hombres acompaña a una represión creciente de la prostitución, que queda simbolizada por la limpieza de Piccadilly Circus.

Si bien no del todo respetable, el homosexual se vuelve casi aceptable, siempre y cuando se comporte como la clase media y alta. En la película Victim (1961), Dirk Bogarde interpreta a un famoso abogado bisexual casado que, con el consentimiento de su esposa, decide denunciar a los proxenetas e incriminarse a sí mismo.

En 1967, la cámara de los Comunes despenalizó, aunque dentro de límites estrechos, la homosexualidad. Y recién en el año 2000 la edad legal de consentimiento se igualó para homosexuales y heterosexuales.

* * *

En Inglaterra la identidad homosexual tuvo que formarse en el seno de una sociedad obsesionada con la prostitución. Lo que preocupaba no era la explotación en sí misma: la explotación del trabajo por parte del capital era considerada justa y necesaria. Por el contrario, si el comercio sexual se consideraba reprensible fue porque se lo percibía como una amenaza para el orden familiar, considerado éste como un pilar de la sociedad.

Si Edward Carpenter viviera en nuestra época, le complacería ver que el siglo XXI distingue dos categorías de homosexuales: por un lado, los honorables, de preferencia monógamos y a menudo padres modelo, sexualmente distintos, pero con un estilo de vida similar al de una pareja heterosexual clásica; y, por otro, los homosexuales que "se acuestan con cualquiera" y que incluso lo hacen, a veces, por dinero. El sueño de una conciliación de clases basada en el amor entre hombres ha sido olvidado, pero en todo lo demás Carpenter se salió con la suya.

Este capítulo abordó el tema principalmente desde el punto de vista de las clases dominantes, que siempre dejan más testimonios sobre sus vidas privadas. ¿Cómo vivían "los de abajo" el amor entre hombres ? Esto es lo que veremos a propósito de Alemania y los Estados Unidos.

G.D.

(*) Cockney: Alguien nacido en Londres, a menudo en el seno de la clase obrera y que vive en una zona popular de la ciudad.